

Refugio de amor

La Romántica



Christine Feehan
Refugio de amor
Las hermanas Drake V

Traducción de Raquel Duato García

 Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con establecimientos comerciales, escenarios o acontecimientos es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Safe Harbor*

- © Christine Feehan, 2007
Publicado de acuerdo con Berkley Publishing Group, un sello de Penguin Group (USA) Inc.
- © por la traducción, Raquel Duato García, 2010
- © Editorial Planeta, S. A., 2010
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Vanessa Ho
Fotografía de la autora: © Cassandra Young
Primera edición en Colección Bocket: enero de 2010

Depósito legal: B. 44.452-2009
ISBN: 978-84-08-09019-9
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Litografía Roses, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Biografía

Christine Feehan ha publicado más de treinta novelas, agrupadas en cuatro series. Su novela de debut, *El príncipe oscuro*, ganó tres de los nueve premios Paranormal Excellence Awards de literatura romántica en 1999. Desde entonces ha recibido numerosos galardones, incluidos siete premios PEARL, varias nominaciones a los premios RITA y un galardón al conjunto de su carrera otorgado por la revista *Romantic Times*. Sus obras, que han sido traducidas a numerosos idiomas y publicadas en todo tipo de formatos (incluido el *manga*), alcanzan regularmente los primeros puestos de las listas de libros más vendidos.

Booket ha publicado cuatro de los títulos de la serie *Las hermanas Drake*: *Magia en el viento*, *Nieve en la penumbra*, *Océanos de fuego* y *Mareas peligrosas*, saga que se completará a lo largo de 2010 con los títulos *Refugio de amor*, *Mar turbulento* y *Corrientes ocultas*.

Más información en: www.christinefeehan.com



*Para Dianne Fetzer, mi querida hermana,
a quien admiro y respeto mucho.
Eres una mujer asombrosa. Siempre has sabido
lo que querías y has ido a por ello con valentía.
Si alguien se merece una historia de amor, ésa eres tú.*



Agradecimientos

Como siempre, tengo que dar las gracias a varias personas por su ayuda en este libro. A Cheryl Wilson y Domini Selk por su paciencia y comprensión. Un agradecimiento especial a Cecilia Feehan por escribir la canción de Joley para Hannah. A Anita, Kathi, Cheryl, Cecilia, Manda y Carol por sus contribuciones. ¡Muchas gracias! A Tina, por su constante apoyo y ayuda siempre que se la he pedido, y por supuesto, a Brian Feehan por sus sugerencias y las charlas sobre escenas de acción a altas horas de la noche. Todos vosotros siempre me animáis a hacerlo mejor.



«Eternamente»

Canción de Joley para Hannah

Primera estrofa:

*Quando estés fuera ahí sola
Dime que necesitas oír
que, de verdad, me importas,
y lo susurraré o gritaré,
lo que tú escojas.
Ojalá pudiera ver
tras esa coraza
los sentimientos que escondes,
los que tan celosamente guardas.*

Coros:

*Llamo a tu puerta
pero no la abres
Cómo puedo estar ahí
si no me dejas entrar,
si no me dejas descubrir
todos los sentimientos
que guardas para ti.*

Segunda estrofa:

*Quando el mundo desaparezca
y estés sola en la oscuridad.
Quando estés en un mar de dudas
e intentes encontrar una brizna de paz.
Llámame, estaré escuchando,
esperando a que el viento*

*traiga mi nombre con él.
No lo dudes, allí estaré.*

Coros:

*Llamo a tu puerta,
pero no la abres.
Cómo puedo estar ahí
si no me dejas entrar,
si no me dejas descubrir
todos los sentimientos
que guardas para ti.*

Puente:

*No tengas miedo.
No tienes nada que temer.
Estaré contigo siempre.
Nunca te dejaré.
Estaré contigo siempre,
eternamente estaré.*

Coros:

*Llamo a tu puerta
pero no la abres
Cómo puedo estar ahí
si no me dejas entrar,
si no me dejas descubrir
todos los sentimientos
que guardas para ti.*

Cecilia Feehan

—¿Quieres decirme cómo nos hemos metido en este lío? —preguntó Jackson Deveau al tiempo que pasaba el brazo por la cintura de Jonas Harrington y lo ayudaba a arrastrarse hacia la endeble tapa de un contenedor de basura industrial—. ¿Tanto te aburre el trabajo que tenemos en la costa de Mendocino? ¡Menuda tontería! ¿No tuviste bastante con que te dispararan una vez?

Si hubiera podido responder, Jonas habría insultado a Jackson, pero sólo logró lanzarle una furiosa mirada mientras obligaba a sus pies a seguir moviéndose. El dolor era insoportable y lo atravesaba como un hierro al rojo vivo. Podía sentir el aire vibrando en sus pulmones, la bilis ascendiendo, y la realidad yendo y viniendo. Tenía que mantenerse en pie. De ningún modo permitiría que Jackson lo sacara de allí cargándolo a la espalda, porque entonces tendría que aguantar que se lo recordara una y otra vez el resto de su vida. Jackson tenía razón. Tenían una nueva vida, vivían bien, habían encontrado un hogar. ¿En qué demonios había estado pensando?

¿Por qué nunca tenía suficiente? ¿Por qué seguía exponiéndose continuamente al peligro, arrastrando a Jackson y a otros hombres junto a él? No era un noble cruzado y, aun así, una y otra vez, se encontraba a sí mismo pistola

en mano, persiguiendo a los tipos de peor calaña. Estaba muy harto de su necesidad de salvar al mundo. De hecho, no salvaba a nadie, sólo hacía que murieran hombres buenos.

El callejón era oscuro y la sombra de los edificios circundantes se elevaba sobre la pequeña calle sin salida, difuminando los contornos. Mantuvieron el contenedor de basura entre ellos y la calle, donde parecía que todo aquel con una pistola y un cuchillo los estuviera buscando. Jackson lo ayudó a apoyarse en una pared que olía a tiempos que Jonas no deseaba recordar en los que la sangre, la muerte y la orina se mezclaban en un potente brebaje.


Jackson comprobó cómo estaban de munición.

—¿Te ves capaz de disparar, Jonas?

Ése era Jackson, directo y sin rodeos. Quería salir de allí y lo lograría. Los hombres que los perseguían no podían saber que la situación se les había ido de las manos. No sabían que cuando Jackson usaba ese tono de voz en particular morían hombres, pura y llanamente.

Para salir de allí tenían que pasar por la entrada del callejón que, en ese momento, estaba bloqueada por los mafiosos rusos. Debía haber sido una misión de reconocimiento. Nada más. Se suponía que no tenían que verlos, maldita sea, y, de hecho, no los habían visto, pero todo se había ido al infierno y se había convertido en un baño de sangre.

Habían ido para grabar en vídeo lo que se suponía que era una reunión de matones de la banda de los Tarasov con un par de hombres de Nikitin en los muelles de San Francisco. Un agente infiltrado había informado a Gray sobre ello y él quería saber por qué se reunían dos familias rivales. Jonas sintió que la primera señal de alarma se disparaba cuando reconoció a los hermanos Gadiyan entre los presentes. No eran precisamente unos matones cuales-



quiera, pues eran los cuñados de Boris y Petr Tarasov, y pertenecían al escalón superior de la peligrosa familia de delincuentes, matones con fama de ser tan sanguinarios y violentos que incluso los hombres de la familia Tarasov los evitaban. Y cuando Boris surgió de las sombras con su hermano Petr y su sobrino Karl, muy cerca de él para garantizar su seguridad, Jonas supo que algo importante se estaba gestando. Karl tenía fama de ser mucho, mucho peor que los hermanos Gadiyan.

Jonas y Jackson se miraron mientras se les revolvían las entrañas y el corazón les palpitaba con fuerza, porque se encontraban en el centro de un avispero sin ninguna posibilidad de escapar. El grupo de mafiosos rusos se quedó allí de pie durante un momento, riendo, y entonces, de repente, Karl agarró a uno de los hombres con los que conversaban y lo hizo arrodillarse delante de su tío. A Jonas le pareció que todos eran sicarios de los Tarasov, pero no pudo identificar al hombre que Karl había escogido, porque su rostro permanecía entre las sombras y todo había sucedido muy deprisa. Petr sacó tranquilamente una pistola y le disparó en la cabeza sin mediar palabra. Aquel acto fue violento, rápido y horrible, sin previo aviso.

Jonas y Jackson habían grabado el asesinato y buscaban una vía de escape cuando otro hombre avanzó por el muelle. Estaba claro que sabía de la existencia de la cámara, pues mantenía el rostro oculto y un largo y voluminoso abrigo le cubría el cuerpo. Manteniendo el rostro entre las sombras, habló brevemente con los Tarasov y entonces todo se fue al infierno en un santiamén. Karl Tarasov reaccionó al instante, corrió a toda velocidad hacia la carretera, descubrió su coche y al conductor, y lo ejecutó sin preámbulos. Las balas volaban cuando los rusos se separaron y empezaron a buscar a Jonas y a Jackson. Jonas

recibió dos tiros, ninguno demasiado grave, pero estaba perdiendo la suficiente sangre como para convertir las heridas en fatales si no conseguía ayuda rápido. Jackson, por su parte, tenía dos cuchilladas que le atravesaban el estómago y el pecho, heridas que había recibido mientras se abrían paso a golpes por los muelles y se dirigían al callejón. Los mafiosos querían la cinta.

No la conseguirían de ninguna de las maneras.

Jackson metió un cargador lleno en la pistola de Jonas y se la puso en la mano.

—Estás listo. —Metió el cargador con un golpe seco en su pistola y cambió de posición para apoyar todo su peso en la parte anterior de la planta de los pies—. Voy a subir a por unos cuantos, Jonas. Ponte otro vendaje que presione la herida del costado, y pase lo que pase, mantente de pie. En unos minutos, voy a remover un poco las cosas y tienes que estar listo para correr.

Jonas asintió. El sudor empapaba su rostro y perlaba todo su cuerpo. Sí. Estaba listo para correr y para caerse de bruces, pero se mantendría en pie, sostendría la pistola y cubriría a Jackson en cualquier loco plan que tuviera. Porque, al final, siempre podía contar con Jackson.

Jackson se desvaneció en la noche sin hacer ruido, como hacía siempre. Había vuelto a casa con Jonas cuando ambos se hartaron de vivir entre las sombras, cuando Jonas empezó a echar mucho de menos a su familia adoptiva. Se incorporaron al departamento del sheriff y vivían una vida cómoda hasta que a Jonas le dispararon estando de servicio y se mostró inquieto y nervioso durante su recuperación. Su antiguo jefe, Duncan Gray, de un equipo de operaciones especiales enterrado en lo más profundo del Departamento de Defensa, vino a pedirselo. Jackson le habría lanzado una dura mirada y habrían permaneci-



do a salvo, pero Duncan supo llegar a Jonas, porque Jonas siempre, siempre se tragaba el condenado cuento de «te necesitamos».

Menuda jugarreta le había gastado a Jackson metiéndolo en ese lío. Y no era así como había planeado morir, en una misión de reconocimiento sin importancia de la mafia rival de Nikitin para ver quién iba y venía y por qué. Nada especial, pero ahí estaban, recibiendo tiros a diestro y siniestro, y desangrándose. Jonas abrió el paquete de vendas de presión con los dientes, escupió el envoltorio y colocó el vendaje en su sitio antes de poder pensar demasiado en ello.

Una llamarada de fuego lo recorrió, atravesándolo tan profundamente que su cuerpo se estremeció en respuesta. Tenía que mantenerse en pie sujetándose con fuerza al contenedor de basura. ¿Y no era eso de lo más higiénico? Maldita sea, esa vez se había metido en un buen lío. Se quedó allí de pie, balanceándose, lo único que lograba mantener firme era la mano con la que sostenía la pistola.

Del bolsillo de la camisa sacó una fotografía, la única que llevaba encima, la única que importaba. Debería haberla destruido. Pudo ver su propio rostro, la terrible y pura verdad captada en una imagen. Estaba mirando a una mujer, y el amor y el deseo que reflejaba su mirada eran evidentes para todo aquel que viera la fotografía. Deslizó los dedos por el brillante papel, dejando un rastro de sangre. Hannah Drake. Supermodelo. Una mujer con unos dones extraordinarios y mágicos. Una mujer tan lejos de su alcance como la Luna en el cielo.

Cuando oyó pasos y el roce de la ropa contra la pared, metió la fotografía de nuevo en el bolsillo de la camisa, cerca de su corazón y sacudió la cabeza para despejarse. Le cayó más sudor sobre los ojos y se lo enjugó. Los tipos




duros se acercaban, manteniéndose entre las sombras, pero, sin duda, avanzando. Le picaban los ojos a causa del sudor y la sangre fluía sin parar desde su costado por su pierna, mezclándose con la lluvia que había empezado a caer implacablemente. Aun así, sujetó la pistola y esperó.

Al final del callejón, un hombre cayó y el primer disparo sonó casi al mismo tiempo. Jackson era condenadamente bueno a esa distancia. Tumbado arriba en el tejado, podía matarlos uno a uno si eran tan estúpidos como para acercarse, y lo eran. Jonas se tomó su tiempo, esperando localizar el destello del cañón que revelaría su posición cuando respondieran a Jackson. Jonas apretó el gatillo, y aunque el recuento fue de dos a su favor, la entrada del callejón aún parecía estar muy lejos con aquellas punzadas de fuego atravesándolo por todas partes y la sangre cayendo por todo el suelo.


«No seas nenaza. No vas a morir en este sucio callejón asesinado por unas cuantas ratas de los bajos fondos.» Se habló a sí mismo con severidad, abrigando la esperanza de que las palabras de ánimo evitaran que su cara acabara aplastada sobre la mugre. El problema era que éstos no eran ratas de los bajos fondos, sino que eran de los buenos, entrenados en tácticas al igual que Jackson y él, y también se dirigían ahora al tejado. Oyó sonidos en el edificio que había a su espalda, un edificio que debería ser un almacén vacío.

No había duda de que el asesinato captado por la videocámara esa noche valía muchas vidas. Jackson disparó de nuevo y otro cuerpo cayó. Jonas aguardó al destello del fuego de respuesta, pero no se disparó ni una sola bala más. Gruñó suavemente cuando fue consciente de su error. Debería haberse movido en cuanto abrió fuego porque ahora sabían cuál era su posición exacta. Sus facultades



des estaban más mermadas de lo que pensaba. Tragó saliva con fuerza y se quedó agachado, intentando convertirse en una parte del contenedor, consciente de que tenía que salir de allí, pero temiendo que sus piernas no le respondieran. Un fuerte mareo lo sacudió con fuerza y estuvo a punto de tirarlo al suelo. Aguantó decidido, respirando profundamente, desesperado por mantenerse en pie, porque una vez cayera, no sería capaz de levantarse de nuevo.

Jackson surgió de las sombras, sangrando por el pecho y por el brazo, con el rostro sombrío y los ojos feroces. Toco su cuchillo y trazó una línea que atravesó su garganta, indicándole que otra presa había caído, el problema era que lo había descubierto entre Jackson y Jonas, lo que significaba que estaban rodeados. A continuación, su amigo levantó cuatro dedos y dirigió la atención de Jonas hacia dos posiciones cerca y dos detrás de ellos. Finalmente, señaló arriba.




Jonas sintió que el corazón le daba un vuelco. Se sentía incapaz de subir tres pisos por una escalera de incendios. Incluso dudaba si habría podido aguantar el suplicio de recorrer el callejón, pero parecía una vía de escape muchísimo más fácil, y corta, que subir tres pisos. Inspiró profundamente, ignoró la protesta cuando un millar de cuchillos se hundieron en sus entrañas, y asintió. Era su única oportunidad de salir de ahí con vida.

Alejándose del contenedor Jonas dio un paso para intentar seguir a Jackson, pero ese primer movimiento fue suficiente para sentir que el dolor lo aplastaba de tal manera que le impedía respirar. Mierda. Iba a morir en ese maldito callejón, y peor aún, iba a llevarse a su amigo con él, porque Jackson nunca lo dejaría.

Los rusos se acercaban desde todas las direcciones y era totalmente imposible que él pudiera subir por esa es-





calera. Necesitaban un milagro y lo necesitaban rápido. Pensó que sólo había un milagro con el que podía contar, y sabía que ella estaba aguardando su llamada, porque siempre sabía cuándo estaba en problemas. Jonas se pasaba la vida protegiéndola, deseándola tanto que se despertaba noche tras noche, sudando, pronunciando su nombre, con su cuerpo tan condenadamente duro y tenso que a veces creía que no sería capaz de resistirlo. Pero se negaba a ceder y a reclamarla cuando no podía evitar aceptar trabajos como ése en el que estaba ahora metido, porque jamás se arriesgaría a que la mataran por su culpa.

Sin embargo, no tenía alternativa. Ella era su as en la manga y, si quería salir de ésta con vida, no tenía otra opción. Extendió la mano hacia la noche y conectó con una mente femenina. La conocía. Siempre la había conocido. Podía imaginársela en su mente en el mirador de la azotea que daba al mar, con sus rizos dorados y de color platino cayendo sobre su larga espalda hasta su exquisito trasero, el rostro grave y la mirada en el océano, aguardando.

Hannah Drake. Si tomaba aire, podría aspirarla. Ella sabría que se hallaba en problemas. Siempre lo sabía. Y que Dios lo ayudara porque quizá de eso trataba todo. Quizá él había deseado su atención, necesitado su atención, y ése era el único modo que le quedaba para conseguirla. ¿Podría estar tan condenadamente desesperado que arriesgaría no sólo su vida, sino también la de Jackson? La verdad es que ya no sabía qué estaba haciendo.

Hannah. Supo que había rozado su mente y que, a su vez, ella había rozado la suya. Supo que Hannah había sido consciente de que había problemas desde el momento en que habían empezado y había estado esperando, firme como una roca, pues, a su modo, era tan digna de confianza como Jackson. Había estado aguardando a que le



indicaran una dirección antes de atacar y ahora que lo habían hecho, se armaría la de Dios. Hannah Drake, una de las siete hijas de la séptima hija de un linaje de mujeres extraordinarias. Hannah Drake. Nacida para ser suya. Cada áspera inspiración que lograba llevar hasta sus pulmones, cada promesa de mantenerse en pie, de mantenerse con vida, lo hacía por Hannah.

Jackson señaló detrás, hacia el edificio, y Jonas maldijo para sí. Dio un vacilante paso hacia atrás, hacia las sombras, se dobló dominado por las arcadas y vació todo su estómago. El terrible dolor hizo que volviera a marearse y que sintiera como si unas taladradoras atravesaran su cráneo. Le caía el sudor, sangraba y la realidad se desdibujaba.

Jackson le pasó un brazo por debajo del hombro.

—¿Necesitas que te suba?

Necesitarían la pistola de Jackson si querían salir de ésa, así que Jonas tenía que hacer acopio de todas sus fuerzas, mantenerse en pie, cubrir la distancia que lo separaba de la escalera y subir en busca de la libertad con dos balas en el cuerpo y una herida aún reciente de otro disparo, así que negó con la cabeza y dio otro paso, apoyándose pesadamente en Jackson.

Hannah, cariño. Ahora o nunca. Lanzó la silenciosa plegaria a la noche, porque, si había habido un momento en el que realmente había necesitado sus inusuales dones, era ése precisamente.

El viento le respondió, soplando veloz y con furia. Atravesó el callejón con la fuerza de un huracán, aullando y arrancando trozos de madera de los edificios. Los escombros giraron, se elevaron en el aire y volaron hacia todas las direcciones. Los restos de basura salieron volando por los aires, chocando contra cualquier cosa que se encontrara en su camino mientras el viento se abría paso



hasta el final del callejón, donde trazaba una curva y empezaba a girar en un impresionante círculo una y otra vez, más y más rápido, aumentando la velocidad y la ferocidad. Sin embargo, el viento no tocó en ningún momento a Jackson ni a Jonas; en lugar de eso, giraba a su alrededor, creando una especie de caparazón, levantando un escudo en el que el polvo y los escombros se agitaban para formar una barrera entre ellos y el mundo.

Poneos a salvo. Tres breves palabras envueltas en sedas, satén y suaves colores.

—Tenemos que movernos —decidió Jackson.

Jonas obligó a sus pies a seguir arrastrándose, cada paso le desgarraba las entrañas y el dolor atenazaba su cuerpo hasta que sólo pudo apretar los dientes e intentar aliviarlo respirando profundamente. Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron inútiles. *Hannab. Cariño. Creo que no voy a poder llegar hasta ti, a casa.*

El viento se elevó en un alarido de protesta, haciendo volar por los aires todo lo que encontraba a su paso. Brazos y piernas se enredaron mientras los hombres caían y chocaban contra las paredes de los edificios junto a los escombros. Jonas pudo oír gritos y gruñidos de dolor cuando sus enemigos, atrapados en aquel antinatural tornado, se vieron zarandeados por la furia del viento.

Jonas tropezó y recuperó el equilibrio, pero el dolor, los mareos y las náuseas eran ahora sus enemigos. Sintió que el estómago se le revolvía y que el suelo se inclinaba. Su visión empezó a oscurecerse. Volvió a tropezar, y esta vez, sintió que las piernas se le doblaban. Pero antes de llegar a desplomarse, notó la presión del viento prácticamente levantándolo, sujetándolo, envolviéndolo en un abrazo seguro.

Dejó, entonces, que el viento sostuviera su peso y lo



llevara hasta las escaleras. Jackson se hizo a un lado para dejar que Jonas subiera primero, observando en todo momento el callejón y los edificios colindantes con los ojos entrecerrados para protegerse de la fuerza del viento.

Jonas alcanzó el último travesaño de la escalera y un dolor incandescente estalló atravesándolo y haciéndolo caer de rodillas. De inmediato, el viento le acarició el rostro en un suave sople como si una pequeña mano lo acariciara con unos delicados dedos. A su alrededor rugía en un verdadero tornado y aun así unos remolinos surgieron de aquella masa que no dejaba de girar para alzarlo en sus fuertes brazos.

Dejó que Jackson le ayudara a levantarse, mantenido a flote, como estaba, por el viento, y lo intentó de nuevo, avanzando con el huracán de Hannah, permitiendo que las corrientes ascendentes lo ayudaran mientras doblaba las rodillas y saltaba para acortar la distancia entre él y el travesaño más bajo. En cuanto golpeó el metal con las palmas de las manos, cerró los dedos agarrándose con fuerza. El viento lo empujó y Jonas alargó el brazo hacia el siguiente travesaño antes de que su cuerpo pudiera absorber la sacudida que le sobrevino al soportar todo su peso.

Desde la distancia, escuchó el ronco grito de agonía de alguien. Parecía que tuviera la garganta en carne viva y el costado en llamas, pero dejó que el viento lo empujara una y otra vez para que subiera por la escalera hasta el tejado, por el que se arrastró, rezando para no tener que volver a subir, consciente de que no tenía elección.

Cuando se arrodilló en el suelo para intentar recuperar el aliento, Jackson apoyó una mano en su hombro.

—¿Te quedan fuerzas para otra carrera?

Le zumbaban tanto los oídos que casi no oyó el pequeño susurro. Diablos, no. ¿Acaso lo parecía? Asintió y



apretó la mandíbula, esforzándose por volverse a poner en pie. La lluvia era implacable, caía sobre ellos, empujada por el viento, pero, aun así, parecían estar envueltos en un caparazón protector.

Oyeron los gritos de unos cuantos hombres que intentaron seguirlos por las escaleras. El viento aumentó su fuerza, golpeando el edificio con tanto ímpetu que se hicieron añicos más ventanas y la escalera de incendios vibró inquietantemente y se balanceó de un modo tan violento que los tornillos se aflojaron y cayeron a la calle. El viento arrastró las pequeñas piezas de metal y las lanzó a toda velocidad como si fueran misiles letales contra aquellos que trataban de subir a toda prisa.

Los rusos gritaron y saltaron de la escalera en un intento de huir de la ráfaga de tornillos que volaba a toda velocidad hacia ellos. Unos cuantos se incrustaron en la pared, y otros en carne y huesos. Los gritos se volvieron desesperados.

—Maldita sea, Hannah está muy cabreada —exclamó Jackson—. Nunca había visto una cosa así. —Rodeó a Jonas con un brazo y lo ayudó a levantarse.

Jonas tuvo que darle la razón. El viento era el medio favorito de Hannah para trabajar y podía controlarlo. Y vaya si lo estaba controlando. Sin embargo, prefería no pensar en cuánta de esa ira podía ir dirigida hacia él, porque había prometido a las hermanas Drake que nunca volvería a hacer un trabajo de ese tipo y ahora sabrían que también había arrastrado a Jackson con él, y el hecho de que Jackson hubiera insistido en acompañarle no sería ningún atenuante.

Se concentró en su respiración, en contar los pasos, en cualquier cosa que no fuera el dolor mientras Jackson lo arrastraba hasta el otro lado del tejado, porque sabía per-



fectamente qué vendría a continuación. Tendría que saltar y aterrizar en el otro tejado, desde el cual podrían bajar hasta la calle donde estarían a salvo. Hannah retendría a los mafiosos rusos todo el tiempo que pudiera, pero Sarah era la única que estaba en el país para ayudarla y la fuerza de Hannah al final se agotaría. Se encontraría, entonces, totalmente sola en el mirador de la azotea en medio del frío y Jonas odiaba eso, odiaba haberle hecho eso.

—¿Podrás hacerlo, Jonas? —preguntó Jackson. Su voz era dura y tensa.

Jonas se imaginó a Hannah de pie en el mirador de la azotea que daba al mar. Alta. Hermosa. Sus grandes ojos azules fieros mientras se concentraba con las manos levantadas en el aire, dirigiendo el viento mientras entonaba un cántico.

Si no lo podía hacer, no regresaría junto a Hannah, y no le había dicho ni una sola vez que la amaba. Ni una sola vez. Ni siquiera cuando se quedó sentada junto a su cama de hospital cediéndole su fuerza para que se recuperara, le había dicho realmente esas palabras. Había pensado en ellas, había soñado con pronunciarlas, incluso una vez había empezado a decirlas, pero no quiso arriesgarse a perderla, así que guardó silencio.

Él protegía a la gente, eso era lo que hacía, lo que era. Y, por encima de todo, protegía a Hannah, incluso de sí mismo. Sus emociones siempre eran intensas, sus arrebatos de ira, su necesidad de ella, el intenso deseo que sentía cuando pensaba en ella. Aun así, había aprendido a ocultarle sus emociones casi desde que era un niño, cuando se dio cuenta de que Hannah tenía el don de la empatía y sufría al percibir lo que sentía la gente todo el tiempo. Llevaba tantos años ocultando sus sentimientos que ya era algo automático, y siempre que tenía una oportunidad



de revelárselos se echaba atrás con la vieja excusa de que su trabajo la pondría en peligro.

Sin embargo, parecía algo bastante estúpido en ese momento, sobre todo, cuando la había llamado para que lo ayudara. Apartó la mano del costado y miró la espesa sangre que le cubría la palma. Sin molestarse en responder a Jackson, Jonas respiró profundamente y saltó con el viento tras él, empujándolo con fuerza para que su cuerpo cayera sobre el otro tejado. No pudo mantenerse en pie, ni siquiera aterrizar con cierta soltura. Cayó a plomo, con la cara por delante. Se quedó sin respiración y el dolor ardió atravesando su cuerpo como un hierro incandescente.

La oscuridad lo rodeó, luchando por la supremacía, intentando someterlo. Algo que él deseaba, deseaba la paz del olvido, pero el viento que azotaba a su alrededor trajo consigo una voz femenina, suave, suplicante, tentadora, que le susurró al tiempo que el viento le alborotaba el pelo y le acariciaba la nuca. *Vuelve a casa conmigo. Vuelve a casa.*

Se le hizo un nudo en el estómago y se esforzó por ponerse de rodillas, su estómago volvió a revolverse. Jackson lo cogió del brazo con una mano.

—Yo te llevaré.

Lo cargaría por el tejado, lo bajaría hasta la calle. Jackson haría eso por él, pero Jonas no iba a arriesgar más la vida de su mejor amigo, así que negó con la cabeza y obligó a su cuerpo a ir hasta el límite, pues no le quedaba nada más que el instinto de supervivencia y la pura fuerza de voluntad. Encontró la escalera de incendios y empezó a descender, cada paso era una sacudida y con cada movimiento su cuerpo gritaba. Los mareos y las náuseas empezaron a fundirse hasta que no pudo distinguir una cosa de la otra. El suelo parecía estar muy lejano, al tiempo que la

misma realidad se iba alejando más y más hasta que simplemente se dejó ir y flotó.

Desde la distancia, le pareció oír el grito de una mujer. Jackson se hizo eco de él y una mano le cogió por la parte de atrás de la camisa con fuerza. El repentino tirón lo envió más allá del límite, a la oscuridad. Lo último que escuchó fue el viento precipitándose sobre él.

Hannah Drake permanecía de pie en el mirador de la azotea que daba al oscuro y embravecido mar con los brazos en alto mientras atraía el viento hacia ella, lo canalizaba y lo enviaba a toda velocidad a través de la noche hasta Jonas Harrington. El miedo y la ira se fundían en su interior, dos potentes emociones que atravesaban su corazón, que fluían a toda velocidad por sus venas para crear una posición explosiva, que alimentaba y aumentaba el poder del viento. Diminutos puntitos de luz iluminaban el cielo alrededor de sus dedos mientras continuaba reuniendo y dirigiendo la fuerza a su antojo.

A lo lejos, más abajo, las olas golpeaban las rocas lanzando el agua al aire. El océano se agitaba y se mecía, produciendo pequeños ciclones, tornados que se desplazaban a toda velocidad por la superficie, dos columnas de agua que no dejaban de girar rabiando con ella.

Hannah.

Oyó la voz de Jonas en su cabeza, el sonido fue una caricia, una suave nota que le dio calor y que al mismo tiempo hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo, porque sonaba tan similar a un adiós... La invadió el terror, puro terror. No podía imaginarse la vida sin Jonas. ¿Qué estaba ocurriendo? Se había despertado con el corazón latiéndole frenéticamente y su nombre en los labios, y al

momento supo que algo terrible estaba sucediendo, que su vida corría peligro.

—Oh, Jonas —susurró en voz alta—, ¿por qué sientes la necesidad de hacer estas cosas?

El viento le arrebató la pregunta y la arrastró por encima del mar. Le temblaban las manos y se mordió el labio con fuerza para mantener el control. Tenía que traerlo de vuelta a casa de una pieza. Fuera lo que fuese en lo que estuviese metido, era algo terrible. Cuando él abrió su mente a la de ella, cuando conectaron, captó sólo breves imágenes de su interior, como si hubiera compartimentado sus sentimientos y recuerdos lo más rápido posible. Vio dolor y sangre, y sintió su ira en un breve destello catastrófico antes de que él cortara la comunicación bruscamente, preocupado por el hecho de que ella agotaba su energía.

Sin embargo, necesitaba que la guiaran para mantenerlo a salvo y lo logró a través de Jackson, que estaba más abierto a una conexión psíquica. Jackson le dejó ver la distribución del callejón, el estado en el que se encontraba Jonas, el edificio por el que tenían que subir.

Hannah le envió un pequeño agradecimiento, usando el calor y el color, consciente de que Jackson lo comprendería, y una vez más alzó los brazos. Controlaba los cinco elementos, la tierra, el más físico de todos ellos; el fuego, poderoso y aterrador al mismo tiempo; el aire, siempre en movimiento, su favorito, su fiel compañero y guía, que le proporcionaba la visualización, la concentración y el poder de los cuatro vientos; el agua, la mente psíquica; y por supuesto, el espíritu, la inapelable fuerza del propio Universo.

Hannah, cariño. Ahora o nunca.

Hannah tomó una profunda inspiración purificadora


y utilizó el poder del viento, estableciendo un objetivo y enfocándolo, usando su mente para hacer que los elementos la ayudaran. Susurró una breve plegaria de agradecimiento, y se abrió al universo y a toda la fuerza que fue capaz de reunir para ayudar a Jonas. El aire sobre ella pareció condensarse y oscurecerse, las nubes empezaron a bullir y a burbujear dando fuerza al conjuro. La electricidad destelló y chisporroteó a lo largo de los bordes de las nubes más pesadas y el viento empezó a arreciar aún más, de forma que los ciclones que surgían del mar se hicieron más altos y giraron más rápido por el agua.

El terror hizo que su corazón se encogiera en un puño y que se le formara un nudo en el estómago. No podía imaginar su vida sin Jonas. Era arrogante y autoritario, y siempre quería salirse con la suya, pero también era el hombre más protector y bondadoso que hubiera conocido nunca. ¿Cuánto tiempo más tendría que durar eso? ¿Cuántas veces tendría que arriesgar su vida antes de que fuera demasiado tarde?

Poneos a salvo. Lo susurró en su cabeza, envió a Jonas el mensaje, lo envolvió en suaves y cálidos colores, y esperó que la sencilla petición transmitiera mucho más. El viento se contagió de su miedo, de su ira cuando recibió otra rápida visión de Jackson. Los dos hombres subían por una escalera y Jonas se tambaleó. Su corazón titubeó cuando lo vio caer.

Hannah. Cariño. Creo que no voy a poder llegar hasta ti, a casa.

Casi se le paró el corazón. Por un momento, la tormenta concedió una tregua y luego, cuando la furia la recorrió, Hannah dejó que aumentara, que esa terrible necesidad de venganza estallara abriéndose, haciendo añicos cualquier restricción que cuidadosamente se hubiera im-




puesto a sí misma. Hizo que la fuerza del viento aumentara hasta extremos insospechados, transformándolo en una tremenda fuerza que atravesó la noche a toda velocidad para abalanzarse como un hambriento tornado hacia ese callejón de mala muerte tan lejos de allí.

El vendaval persiguió a aquellos desventurados hombres que, con sus endebles armas, no podían hacer nada contra las fuerzas de la naturaleza. Las violentas ráfagas hicieron añicos las ventanas en una lluvia de cristales. Levantó tablones del suelo y los lanzó como si de una pataleta infantil se tratase. La dulce y angelical Hannah lo dirigía todo, sus arrebatos de ira aplastaban a los enemigos de Jonas contra el suelo, indefensos bajo el violento ataque del viento, la lluvia e incluso del gélido granizo.

En medio de todo aquello, sintió que Jonas se iba, se alejaba más de ella. Cuando el dolor lo atravesó como un cuchillo, también la atravesó a ella, y la conexión empezó a perderse. Hannah envió, entonces, un constante flujo de aire para levantarlo, haciendo que las corrientes lo elevaran más y más alto, empujándolo hacia el lateral del edificio, hacia el tejado, hacia la libertad. Jugueteeó, luego, con su rostro y su cuello utilizando pequeños soplos de una brisa más suave para intentar mantenerlo alerta el tiempo suficiente para que Jackson los pusiera a ambos a salvo.

Hannah sintió cómo Jonas se recomponía para un último y enorme esfuerzo, y envió una última ráfaga de viento para que se arremolinara a su alrededor y lo llevara de un tejado al otro. Sintió, entonces, la explosión de aquel dolor desgarrador, una agonía que la hizo caer de rodillas. Jadeó, con las lágrimas empañándole la visión, fluyendo libres por su rostro. *Vuelve a casa conmigo. Vuelve a casa conmigo.* La súplica estaba bordeada por rojos y dorados, resplandeciendo con luz y necesidad.



Hannah sintió su reacción, cómo luchaba por levantarse, el esfuerzo por resistirse al mareo, la determinación por lograr regresar de una pieza. Hubo otro estallido de dolor y notó cómo Jonas se alejaba aún más. La visión de Hannah se vio amenazada por la oscuridad. Desesperada, envió al viento una ráfaga de aire que lo envolviera, y luego la oscuridad se apoderó de ella también.